

DOSSIER HANNAH ARENDT

Hannah Arendt: crisis en la educación

JOSEFINA ARANDA ARMENGOD

El presente escrito surge del encuentro que el Grupo de Filosofía del Garraf (GFG) realizó en el Hotel César de Vilanova i la Geltrú la tarde del 10 de marzo de 2018. La lectura del texto, escrito en 1958, forma parte del ciclo que el Grupo viene dedicando a la autora y se enmarca en su reflexión sobre la política precisamente porque sus aportes al momento actual son verdaderamente considerables. Se trata de un ensayo lúcido, valiente y poderoso. Fue un placer disfrutar de la inteligencia y sutileza con que Arendt presenta un tema tan crucial en la historia de la humanidad como es la educación. Doblemente interesante para los componentes del GFG, dado que en su mayoría se ocupan del trabajo didáctico en las aulas.

La crisis en la educación, escrito incluido en su reflexión sobre la política, lleva un título revelador: “Entre el pasado y el presente”. Arendt sitúa la educación entre las actividades elementales de la vida activa, y lo esencial de la misma es “el hecho de que en el mundo hayan nacido seres humanos”¹, donde el niño es siempre algo nuevo en relación con la vida, por más que deba entrar en relación con algo que ya está dado: el mundo² es, en tal sentido, viejo. Esa es la premisa sobre la que se estructura el texto y este mismo escrito.

El título del texto ofrece un giro semántico interesante: está claro que la educación siempre está en crisis, se desenvuelve a través de una crisis permanente. Sin embargo, al invertir los términos, al proponer *la crisis en la educación* en lugar de *la educación en crisis*, la autora logra lo que pretende: interpretar y centrarse en cómo la crisis política se sintomatiza en la educación. La crisis en la educación representa un síntoma del malestar en la política americana de los años cincuenta, un fenómeno generalizable y exportable a cualquier otro país del mundo. Un fenómeno propio de la sociedad de masas³. Un rasgo de una sociedad pedagogizada; es decir, una sociedad que ha aceptado la aplicación de las teorías pedagógicas más progresistas de manera servil y acrítica.

América es una tierra de inmigración, un país que pretendió crear un “nuevo orden del mundo”, liberando así a todos los esclavos de la tierra bajo el ideal de la igualdad. Un ideal heredero de la Ilustración en el que resuenan ideas rousseauianas de libertad y espontaneidad asociados a la bondad natural del niño. Lo que América pretendía era crear un nuevo estado inspirado en el ideal de igualdad, que ejerció un papel fundamental en la sociedad americana: igualdad ante la ley, igualdad de

oportunidades y de derechos: en concreto, del derecho a la educación –recién promulgada la ley de Defensa de la Educación en 1958 por Eisenhower.

Este ideal, cómo no, también llegó también a la escuela, con la consecuente politización de la educación. La idea de igualdad cuestionó el principio de autoridad en la educación. Arendt denuncia la instrumentalización política de la educación y propone recuperar la autoridad en la escuela, diferenciando el terreno de la escuela del de la política. Con gran acierto, Arendt nos dice que la pérdida de autoridad en la política llevó a cuestionar las formas de autoridad en la educación, en las relaciones entre padres e hijos, entre viejos y jóvenes y entre profesores y alumnos. También hoy experimentamos ese fenómeno en nuestra sociedad: padres, ancianos y profesores, antes respetados en tanto depositarios de la autoridad moral y de la memoria cultural, han sido hoy transformados en desechos inservibles.

En el origen de la crisis Arendt señala tres supuestos clave asumidos por la sociedad americana y, por supuesto, generalizables al contexto global. El primer supuesto acepta el postulado del niño como ser autónomo que no debe ser sometido a ningún principio de autoridad y que ha de desarrollarse espontáneamente. Cualquier injerencia externa que viniese desde "lo viejo", usando la denominación de Arendt, tal como la de los maestros conocedores de la tradición del pasado, del saber y del conocimiento, pervertiría la posibilidad de alcanzar un nuevo mundo. Vemos cómo la idea de igualdad exigida en lo político y lo social queda adherida a la escuela; es decir, cómo lo político se funde con lo educativo. Arendt desenmascara esa supuesta emancipación del grupo de los niños describiéndola en realidad como la sumisión a una autoridad más aterradora que cualquier otra en cuanto que carece de criterio racional: la de los propios niños. Arendt nos advierte de los riesgos de una educación que evita intervenir en la infancia, algo que en nuestro tiempo podemos llamar claramente por el nombre que le corresponde: infantilización social.

El segundo supuesto es la influencia del pragmatismo en la psicología y la pedagogía, que llevó a una emancipación de los contenidos de las materias concretas que se deben transmitir. La fusión entre pedagogía, pragmatismo y psicología transforma la educación en un campo de conocimiento sobre la enseñanza, es decir, en la ciencia del aprendizaje. Arendt lamenta la pérdida de los contenidos en la educación a resultado de que esta se haya focalizado sobre el saber enseñar: lo importante es conseguir la emancipación del alumno.

Y el tercer supuesto explicativo de la crisis en la educación es la fundamentación y la aplicación del dogma pragmatista aludido ya en el anterior párrafo, que podemos definir como una substitución del aprender por el hacer: aprender haciendo. Los conocimientos han dejado de ser importantes. Ello implica reducir la capacidad del alumno a una capacidad meramente operativa. Así se observa cómo los currículos deben incorporar para su término un periodo de prácticas en talleres, cocinas, peluquerías... Y ello basta para promocionar al alumnado. Se detecta una clara pérdida de la sociedad del conocimiento y emerge a cambio la sociedad de las competencias. Algo absolutamente aceptado, asumido acríticamente, como diría Arendt, en nuestros días: "la intención consciente no era transmitir conocimiento sino

enseñar una habilidad”⁴. Se toma como modelo el aprender jugando, basado en el juego como forma de actividad espontánea del niño. Este modelo queda directamente ilustrado en la enseñanza de los idiomas: se enseña al niño hablando. Esta mecánica infantiliza al niño y hace imposible que la escuela realice su función propia: ejercer de puente entre la escuela y el mundo.

Arendt nos dice que la actual crisis americana reconoce estos supuestos y los pretende cambiar invirtiéndolos: recuperando la autoridad en la escuela, asignando el trabajo al aula y el juego al patio de recreo, es decir, fuera de las aulas. Eso sería recobrar lo que Arendt denomina el sentido común. Puesto que la educación es una actividad elemental y necesaria en una sociedad que se renueva sin cesar por el nacimiento de nuevos seres humanos, el niño como nuevo ser necesita protección en el ámbito privado de la familia, necesita ser protegido del mundo, del ámbito público. Si se fusionan esos ámbitos de la vida, el privado -protector, conservador- y el de la escuela -también, en cierto sentido, conservador del mundo, de la tradición, del saber y el conocimiento-, el niño no podrá desarrollarse y formarse. Y, por tanto, no podrá crear algo nuevo jamás.

Arendt quiere hacer énfasis en que su defensa de una actitud conservadora en el ámbito de la educación no tiene nada que ver con la política. Defiende una actitud conservadora en la educación pero no en el ámbito político, ya que eso supondría la destrucción de la libertad y del cambio. De hecho, Arendt insiste en que no se puede enseñar sin educar al mismo tiempo, y que pretender educar a los adultos tiene un sentido perverso, implica adoctrinamiento. En la política tratamos con personas ya educadas. De hecho, todos los totalitarismos conocen bien la fuerza de la educación y es por ello que ha sido monopolizada en todas las revoluciones tiranas.

La desaparición de la distinción entre lo privado y lo público repercute negativamente en el niño. La falta de autoridad en la vida política y pública significa una falta de responsabilidad por la educación. Esta pérdida de autoridad tiene que ver con ese distanciamiento del mundo que se capta en la sociedad de masas. Arendt nos dice que “para preservar al mundo del carácter mortal de sus creadores y habitantes hay que volver a ponerlo, una y otra vez, en el justo punto”⁵. Y añade: “Debemos separar la esfera de la educación del ámbito vital público y político para aplicar sólo a ella un concepto de autoridad y una actitud hacia el pasado que son adecuados a ese campo, pero no tienen una validez general y no deben reivindicar una validez general en el mundo del adulto.”⁶

Coherente con su propuesta liberadora, la autora termina su escrito con una hermosa frase que quiero hacer presente en esta velada: “La educación es el punto en el que decidimos si amamos al mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina que, de no ser por la renovación, de no ser por la llegada de los nuevos y los jóvenes, sería inevitable.”⁷

NOTAS

1. La *vita activa* designa tres actividades fundamentales –labor, trabajo y acción- que condicionan de forma básica la vida del hombre en la tierra. ARENDT, Hannah. *La condición humana*: Barcelona, Paidós, p. 35.

2. La esfera de lo público: interacción de proyectos, igualdad y diferencia. El mundo es un “espacio público” intersubjetivo porque es el espacio de relaciones que articula la pluralidad.

3. “Una sociedad de masas no es nada más que el tipo de vida organizada que se establece automáticamente entre los seres humanos que estén todavía relacionados unos con otros, pero que han perdido el mundo que una vez fue común a todos ellos.” ARENDT, Hannah. *De la historia a la acción*: Paidós, p. 73

4. ARENDT, Hannah. *Crisis en la educación*: Barcelona, Península, 1996, p. 194

5. ARENDT, Hannah. *Idem.*, p. 204

6. ARENDT, Hannah. *Ibid.*

7. ARENDT, Hannah. *Ibid.*